

#fronterasdelosconfinamientos

Zaida Capote Cruz



ensar el confinamiento como destino provisorio, y aun necesario, puede ayudarnos a comprobar que sus fronteras son frágiles, solubles, apenas transitorias. No se compara esta situación de clausura, necesaria para nuestra propia supervivencia (cuando el encierro es voluntario, consciente), con la de quienes, obligados a cortar sus lazos por largo tiempo, se ven de repente y por voluntad ajena lejos de los suyos, de sus rutinas, de sus afectos, de sus lugares favoritos, del entorno en que viven su día a día. Hay tantos confinados en el mundo por la injusticia cotidiana, el hambre, la discriminación cultural, la pobreza, la imposibilidad de acceder a la educación, la violencia familiar, el racismo, la precariedad laboral, que parece imposible enfrentar el mínimo encierro de estos días sin optimismo.

Vivo en La Habana. Aquí el confinamiento carece de rigor; podemos salir, con la excusa momentánea de la compra de alimentos o con cualquier otra. Trabajo a distancia desde siempre, mi rutina no ha variado demasiado. Y hay sol, luz a raudales. Y eso alivia.



Añoro la ciudad, las caminatas de cada día; habrá tiempo de recuperarlas. Añoro interrogar los rostros ajenos; ver a los viejitos del barrio haciendo ejercicios en el parque, pasar entre el juego de futbol o pelota improvisado los fines de semana. Para que todo eso sobreviva lo más saludable es tomar distancia.

Vistas ahora, nuestras urgencias cotidianas aligeran su necesidad. Lejos de ser imprescindibles, muchos de los gestos de nuestro día a día se borran en esta rutina nueva donde cultivar la frugalidad va haciéndose una extraña virtud.

Urgencias económicas tornan esta salida de circulación en una condena, hay quienes no tienen cómo enfrentar necesidades básicas, aun cuando la mejor apuesta, insuficiente todavía, pero sumamente justa, ha sido la voluntad de distribuir, acompañar y compartir.

Tener espacio y hábitos suficientes a evitar que la forzada convivencia desemboque en violencia y saber que la mejor atención médica estará disponible, aliviana mucho la carga emocional de estos días, cuando transitamos más o menos aletargados el interregno entre cada actualización de las cifras de contagio y muerte.

Necesidad asumida, este no es confinamiento impuesto. Confinada estuve en el Istmo de Tehuantepec hace casi treinta años. Volví de Chiapas y detuvieron el bus en que viajaba con mi compañero. Mi nombre me delató como extranjera, y de ahí a que me consideraran ilegal no hubo más que un paso. Nos retuvieron varios días, en lo que el camión de la migra viajaba a la frontera sur devolviendo inmigrantes y regresaba a la capital recogiendo a quienes estaban detenidos a lo largo del camino. Bajo protesta, nos dejaron en las oficinas; pasamos tres días aislados, comiendo una vez por día una comida carísima, viendo de lejos a quienes nos

acompañarían luego en el viaje a la cárcel; gente que venía de Cali, del nordeste brasileño, de todas partes.

Había una Harley astrosa que nunca he olvidado, con un *God Save Us* tallado en el tanque. Me recuerdo imaginando los destinos horrendos del dueño de aquella moto abandonada y discutiendo con uno de nuestros custodios, increpándolo amablemente —es un decir— por su ingratitud: había estudiado en Cuba, y ese no era modo de devolver el favor. Por eso pasamos aquel breve infiernito en las oficinas y no en las celdas donde languidecían los otros detenidos. Aquello sí fue confinamiento, como en todo caso de involuntaria privación de libertad. Otros los habrán vivido mucho peores. Ahora es un asunto de supervivencia propia y colectiva, de distinción entre salud y enfermedad; entre mantenerse a salvo o contagiarse.

Estar a salvo con solo limitar la libertad de circulación es casi buena suerte. En quienes no pueden quedarse en casa porque de su trabajo depende la sobrevivencia colectiva; o ver a sus hijos, o besarlos cuando se encuentran, porque los pondrían en peligro, tendríamos que inspirarnos para hacernos el confinamiento más llevadero.

Vivo en una isla, cercada en geografía y en política. Quizás esa limitación de horizontes, ese confinamiento permanente —y la inevitable voracidad de infinito, el impulso centrífugo que es casi destino— nos haya acostumbrado a entender cuándo es tiempo de andar y cuándo de quedarse. Cuándo quedarse en casa es la mejor manera de cuidarnos, de evitar el dispendio de recursos públicos necesarios para hacerle frente a la enfermedad, de ceder la atención que nos tocaría si enfermáramos a alguien más necesitado, como bien ha hecho Cuba en estos días, cediendo a sus médicos, dispuestos a curar arriesgándose. No es justo negarse



al encierro, es una contribución mínima, solidaria, cuando hay tanta gente jugándose la vida.

Aprovechemos el encierro para imaginar cómo cambiar el mundo, cómo impedir que crisis similares a estas nos obliguen a ver por qué para tantos es tan distinta la misma amenaza. Y para pensar cómo cambiarnos, ya que estamos.

